

## LA AFRENTA

**P**OR qué tarda tanto en volver Diego Laínez? Fué en la mañana a Burgos, a Palacio, llamado por el rey; ha anochecido ya y aun no vuelve.

La cena está preparada esperándole. Teresa Alvarez inquieta va de su silla a la ventana, de la ventana a su silla. Hernán, Bermudo y Rodrigo se miran las caras en silencio.

Nunca el padre tarda tanto, nunca hace esperar la cena y ya van pasadas dos horas.

—No hay por qué asustarse, madre—dice Hernán—; habrá habido algo grave de que tratar en Burgos.

—Padre es hombre de recursos y no va a pasarle nada malo en la corte ni en el camino—agrega Bermudo.

Rodrigo piensa en Jimena. En una semana más será el día de la Virgen, el gran día en que su padre irá a pedirla en matrimonio a su tío y padrino el conde Lozano, que estará muy contento con la boda, pues adivina que el galán será hombre de valía, primero entre los primeros.

Y sonríe porque está seguro que ella también piensa

## V. HUIDOBRO

en él. Allá en su castillo ella piensa en él y en el día de la Virgen.

Rodrigo no se inquieta por su padre. ¿Qué puede pasarle a Diego Laínez? Sin embargo, una cosa nerviosa se le pasea por el pecho al ver cómo corre el tiempo, y ahora mismo, al decirse que nada puede pasarle, una especie de vaga angustia le montó a los ojos.

Sobre todo, el rostro de su madre, pálido, contraído, le intranquiliza.

Pasa una hora más. Una tristeza flota en el aire.

¿Por qué tarda tanto en volver Diego Laínez?

Es la noche. La oscuridad melancólica. La hora misteriosa en que las ranas cuentan las estrellas. Pero ¿por qué tal silencio? ¿No hay cerca algún estanque? ¿No hay grillos?

Arriba de un árbol un buho canta. El presagio cae de su pico como el queso del cuervo. Rompe el silencio el único ruido que nadie quería. El buho contempla la noche, inclinada la cabeza detrás de sus anteojos, y satisfecho de su poder dramático, vuelve a graznar otra vez.

¡Ah pájaro gitano, repugnante pitonisa de la selva, vete con mil diablos a llevar tus desgracias a otra parte! Con la muerte al hombro, vuélate de esa rama o desde aquí, desde mi mesa de trabajo, cojo un fusil y lo descargo sobre tu cuerpo, tu cuerpo relleno de bilis y de agüeros.

Pero ¿qué hace Diego Laínez? Pero no es posible que... Un largo aullido de perros se levanta de la tierra al cielo. Otro aullido contesta, otro más cerca, otro en la casa, otro sigue más allá de la casa, otro más lejos, otro que se pierde ya, y otro y otro y otros que no se oyen. Una cadena de ladridos da la vuelta a España.

Se acerca un galope de caballo. Unos corren a la ven-

tana, otros a la puerta. Es el galope del caballo de Diego Laínez, del señor, del padre, del amo. Todos le reconocen. Se encienden hachones y candiles.

Abren las puertas del patio y entra el amo, el padre, el señor.

Dios mío, ¡cómo viene! ¿qué le pasa? Descompuesta la faz, rojas y húmedas las pupilas como si hubiera llorado, desgrefñadas las barbas y el cabello, las ropas en desorden.

—Estás enfermo, padre—dice Rodrigo.

—¿Qué tienes?

—Una enfermedad que mancha, retírate; no te acerques—responde Diego Laínez, y en tres saltos sube la escalera.

En la puerta de la sala su mujer viene a abrazarlo:

—¡Cómo vienes, esposo! ¡Qué ojos traes! ¿Tienes fiebre? ¿Qué te pasa?

—Retírate, no te acerques. Tengo una enfermedad que mancha.

Diego Laínez sigue de largo, su familia sigue tras él acongojada y sin saber qué sucede. Al llegar a la puerta de su alcoba se vuelve atrás y ronco dice:

—Todo el mundo a dormir. No necesito nada ni a nadie. Dios decidirá mañana.

Cerró la puerta y echó la cerraja. Detrás de la puerta se oyó un sollozo. Teresa Alvarez, temblorosa, dice a sus hijos:

—A acostarnos todos. Obedezcamos. Dios manda en el universo y vuestro padre en su casa.

Aquella noche los lechos no dieron reposo a nadie. Se revolvían los cuerpos en las mantas, se revolvían los pensamientos en la cabeza y se oían los pasos de Diego Laínez que iba y venía sobre su dolor.

## V. HUIDOBRO

Al amanecer del día siguiente todos esperan en la gran sala que Diego Laínez salga o que llame.

Por fin abre la puerta y aparece en el umbral. ¡Cómo ha cambiado en una sola noche! Se diría que tiene más encanecidas las canas, que una roca le ha doblado las espaldas. Las mejillas desencajadas, los ojos hinchados. Apenas habla.

—Hernán, Bermudo, Rodrigo, entrad—dice, y al ver que su mujer se acerca, añade: —Son cosas de hombre; aguarda aún, mujer, ten paciencia.

Apenas entran sus hijos vuelve a cerrar la puerta y con el rostro dolorido, pero con paso firme, se dirige al mayor. Con su mano derecha le coge la mano derecha y con fuerza se la aprieta, mirándole a la cara.

—Así me aprieta este nudo que tengo en la garganta.

—¡Ay! ¡Ay! padre—grita Hernán, y los ojos se le llenan de lágrimas—. Basta, señor, ¡ay! ¡ay! basta.

—Anda, vete al lado de tu madre—dice el viejo—; el hombre que llora por dolores que no son del alma, debe estar junto a las faldas.

Coge al segundo la mano, con los ojos en sus ojos. Le aprieta fuerte, con rabia y con esperanza.

—Así me aprieta este nudo que tengo en las entrañas.

—Por Dios, padre, que me matas—grita Bermudo, tratando de soltarse—. Basta, señor; ¿qué pretendes?—y se cae de rodillas.

—Tampoco tú, anda—dice el viejo—, y aprende que hay que morir en silencio y sin doblar las rodillas.

Coge la mano a Rodrigo. Reúne todas sus fuerzas ya casi sin esperanzas. Se la aprieta, se la estruja, mirándole de hito en hito. Rodrigo siente un dolor que le tritura los huesos.

El viejo aprieta y más aprieta.

—Así me aprieta este nudo que tengo en el corazón. Rodrigo le clava los ojos, se le engruesan los cabellos y colérico le grita:

—Suelta, padre, suelta en mal hora; que si no fueras mi padre, con esta otra mano que me dejas libre, te arrancara el corazón, te rompiera las entrañas. Suelta, digo; mira que la otra mano se me va y no puedo sujetarla.

Le suelta el viejo la mano y le abraza llorando y entre las lágrimas dice:

—Tenla suelta, hijo mío, suelta la necesito. Tu enojo me desenoja, tu rabia es una caricia y una esperanza en mi alma. Mi Rodrigo, esa bravura muéstrala en lavar mi honor, mi honor que está perdido si tú no lo salvas.

—Oigo mal, padre. ¿Qué has dicho? ¿Quién se ha atrevido contra tu honor? ¡Y pensar que si no hubieras sido mi padre, te doy una bofetada! Perdona, señor, perdona.

—No sería la primera.

—¿Estás loco? ¿Qué has dicho? ¿Quién ha manchado tu honor?

—El que ayer me abofeteó en la cara.

—¿A ti alguien se ha atrevido a poner la mano en la cara? No es posible, padre; estás delirando.

—Por mi honor te lo jurara, si tuviera honor; pero esa bofetada partió mi honra en dos.

—¿Y ese hombre vive aún? ¿Y yo estoy vivo? El nombre, dime el nombre del insensato. Luego, ¿quién es?

—Rodrigo, escucha.

—No hay tiempo. Su nombre.

—Rodrigo, hijo mío, escucha.

—Su nombre, no hay tiempo; dame su nombre y tu espada.

—Escúchame, ¿vas a retarle en desafío?

## V. HUIDOBRO

—Con las leyes del honor le mataré o me matará.  
Su nombre pido.

—Tiene en las montañas miles de amigos asturianos.

—Su nombre pido, su nombre.

—Está muy alto en palacio, el rey le protege y le ama.

—Te vengaré aunque el rey lo esconda detrás de su trono.

—Delante de ese trono se atrevió a hacerme afrenta, abusando de mis años.

—¿Y el rey permitió tal afrenta? ¿El rey te ha mirado en menos?

—Por haberme hecho demasiado honor y nombrarme ayo de don Sancho, empezó la discusión. El otro pretendía ese honor y creía ser el único digno de ser instructor del heredero.

—¿Pero el rey permitió el ultraje?

—No hubo tiempo de intervenciones. El rey quiso que todo quedara en silencio y que nadie supiera nada, pues la escena pasó en su cámara...

—Padre, el silencio no borra el hecho; lo sabes tú, y eso basta.

—Por eso quiero venganza.

—Y aún no me das el nombre.

—Primero debes jurarme no volver sin antes haber lavado esta mancha.

—Por el Cristo que me diste cuando nací, te lo juro. Ahora dame su nombre y tu espada.

—Escucha aún.

—No más palabras; su nombre.

—El conde Gómez de Orgaz, ese que llaman conde Lozano.

—¡Dios mío!—exclama Rodrigo; da un salto atrás y se pone pálido. El padrino de Jimena.

—¿Te asusta ese nombre? Proezas ha hecho, también las harás tú. ¿Tienes miedo?

Rodrigo inclina la cabeza y dice en voz baja:

—Jimena le quiere tanto como si fuera su padre; su padre ha sido más de quince años.

—¿Vacilas?—pregunta trémulo el viejo. Y sin honor, ¿te atreverías a levantar tu cara frente a ella, te atreverías a pedir su mano?

—Padre, no he vacilado un instante; pero comprende que al decirme ese nombre temblara por el otro nombre que hay detrás de tal nombre.

—Perdona, hijo mío, que te eche encima una pena tan grande; mas tú sabes que sin honor, no hay amor, ni vida, ni nada.

—No hables más, padre, pues ya me diste su nombre; dame ahora tu espada. Nadie hizo afrenta a la sangre de Laín Calvo.

—Arrodíllate, Rodrigo; voy a darte la espada de Mударra, que aunque está vieja y mohosa, tiene hábitos de vencer. De su viejo amo descienes y la espada ha de sentir que por el brazo que ahora va a llevarla corre la misma sangre de aquel brazo muerto, tan heroico y audaz, tan maestro en manejarla.

Mientras el padre descuelga del muro la vieja espada, Rodrigo hinca una rodilla en tierra. El viejo con el contacto de la espada ha vuelto a erguirse y casi a rejuvenecerse. Se acerca a Rodrigo. Le pone la espada en la mano y sus manos sobre la cabeza, levanta al cielo los ojos y dice:

—El cielo gué tus pasos, hijo; Dios protegerá tu brazo.

Rodrigo se levanta y pasa su mano por la hoja de la espada.

## V. HUIDOBRO

—Es buen acero—exclama—. Buena espada de Mudarra, segundo brazo te coge y te juro que el segundo te hará recordar el primero. Si no salgo vencedor te clavarás en mi pecho, la fuerza de mi vergüenza te esconderá hasta la cruz haciendo forro en mi cuerpo.

—Corre a la venganza, hijo. Toma el mejor de mis caballos, Babiéca; te lo regalo; joven caballero requiere caballo joven. Piensa en tu honor, en tu sangre, piensa en tu padre, hijo.

—Adiós, padre, padre, padre.

Rodrigo sale precipitado, salta sobre el caballo, traspone las grandes puertas dando chispas como si fuera el demonio y a lo lejos se oye la carrera de un caballo sobre los caminos del honor.